

Ismael

Javier Álvarez-Ossorio
Superior General

INFO SSCC Hermanos No 122 – 5 de marzo 2018



Felix Supranto SSCC con un grupo de niñas musulmanas
Yakarta – Indonesia

¿Conocéis la historia de Ismael? Es el primogénito de Abrahán, nacido de Agar, la esclava egipcia. Sara era estéril. Por eso, ella misma entregó su sirvienta a su marido para que le diera descendencia (cf. Gn 16). Las dos mujeres nunca se llevaron bien. Más adelante, nació Isaac, hijo de Abrahán y Sara, fruto de la promesa de Dios (Gn 17,19). Entonces Sara, queriendo proteger la herencia de su hijo, exigió a Abrahán que expulsara a Agar y a Ismael. “Abrahán se llevó un disgusto, pues era hijo suyo” (Gn 21,11), pero hizo lo que le decía Sara.

Agar se fue con Ismael al desierto. Allí se les acabó el agua. Entonces “se apartó y se sentó a solas, a la distancia de un tiro de arco, diciendo: No puedo ver morir al niño. Se sentó aparte y, alzando la voz, rompió a llorar” (Gn 21,16).

La elección perversa (los hermanos enfrentados)

La Biblia tiene muchas historias de hermanos enfrentados. El origen de sus antagonismos se puede encontrar, sorprendentemente, en la elección de Dios. “El Señor se fijó en Abel y en su ofrenda, pero no se fijó en Caín ni en su ofrenda; Caín se enfureció y andaba

abatido" (Gn 4,5-5). Algo parecido ocurre con Esaú, cuya bendición es robada por su hermano Jacob, usando malas mañas sugeridas por su madre. Resulta patético escuchar el lamento angustiado de Esaú ante su padre Isaac, después del engaño de Jacob: "¿Solo tienes una bendición, padre mío? Padre, bendíceme también a mí. Esaú rompió a llorar a gritos" (Gn 27,36-38).

La bendición de Dios, que en principio tiene un destino universal, se pervierte cuando genera una supremacía en el elegido, que excluye al hermano no elegido. Isaac es el hijo de la promesa, por lo que Ismael debe ser expulsado al desierto. ¡Cuántas personas siguen hoy en día gritando y sufriendo como Agar, como Esaú, como Ismael!

A lo largo del Antiguo Testamento, la elección de Israel será utilizada como argumento para justificar la ocupación violenta de la tierra de Canaán, el exterminio de sus antiguos pobladores, el rechazo de los extranjeros y la exclusión de los infieles.

San Pablo, en la epístola a los Gálatas (4,21-31), hablará de Agar y de Sara como una alegoría de la nueva excelencia cristiana. "No somos hijos de la esclava, sino de la libre" (Gal 4,31). Sin embargo...

Jesús, como Ismael

Jesús se sitúa a contracorriente de esta lógica bíblica de la elección perversa. Jesús viene en el lugar de Ismael, no en el de Isaac. Para Jesús, no hay sitio en la posada. Será rechazado por los suyos. Herirá el sentimiento nacionalista del pueblo escogido. Lo considerarán un traidor a su gente. Lo sacarán fuera de la ciudad para matarlo.

A Jesús no le interesa la bendición de Isaac a Jacob, que establece la supremacía de uno sobre los otros ("sé el señor de tus hermanos", Gn 27,29). Jesús nos dice que entre nosotros no habrá opresores, que todos somos hermanos y que el más grande será el servidor.

Para Jesús, el trabajo del Padre consiste justamente en reunir a los hijos separados. La dificultad para ese reencuentro está en el hermano mayor, que se considera el elegido, el bueno, el que obedece. "Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo" (Lc 15,28).

Toda la obra de Jesús, la redención, será comprendida como la demolición del muro que divide a los hermanos, que separa a los pueblos. "Él es nuestra paz: el que de los dos pueblos ha hecho uno, derribando en su cuerpo de carne el muro que los separaba: la enemistad" (Ef 2,14). Deshacer odios y construir lazos. En Jesús se cumple lo que decía Isaías: "te llamarán *reparador de brechas*" (Is 58,12).

Todo el Nuevo Testamento está escrito para ayudar a los que no acaban de comprender que la "elección" ya no significa exclusión. Como le pasó a Pedro en Antioquía, que seguía teniendo miedo de sentarse a comer con los paganos, considerados impuros por la ley judía, por lo que Pablo tuvo que encararse con él (Gal 2,11-14).

Reparación como encuentro

Diréis que por qué os hablo de estas historias de hermanos. ¿Por qué me fijo en el pobre Ismael? Lo hago porque considero que esta gran imagen bíblica de los hermanos enfrentados y de la elección de Dios tomada de manera perversa, tiene mucho que ver con la misión reparadora de Jesús y, por lo tanto, con la misión de nuestra comunidad.

Las Constituciones dicen que "procuramos ser agentes de comunión en el mundo" (nº 6). Trabajar por la comunión es realizar el trabajo del Padre: tratar de reunir a los hijos enfrentados. También nosotros queremos reparar brechas, o al menos estar presente en ellas.

Ismael es considerado el patriarca de los pueblos árabes, y, derivadamente, de los musulmanes. La competencia entre Isaac e Ismael representa en cierta manera las tensiones entre Islam y Cristianismo, entre Oriente y Occidente, entre culturas y religiones diversas. Esas tensiones se traducen en guerras, en desplazamiento de refugiados, en rechazo de emigrantes, en xenofobia, en persecución religiosa. Isaac e Ismael siguen desconfiando el uno del otro. El hijo mayor sigue indignado contra el padre común y no quiere entrar en el banquete con su hermano.

Para ser agentes de comunión, tenemos que luchar contra la "Sara" que todos llevamos dentro. Somos "Sara" cuando reclamamos ansiosamente nuestros derechos, cuando exigimos que se reconozca el valor de lo que hacemos, cuando nos estorba la intervención de otros en nuestros intereses, cuando se nos sube a la cabeza nuestro carácter de "escogidos" y cuando, en función de eso, justificamos nuestra "excelencia" frente a los demás. Esa actitud de "Sara" lleva al clericalismo que tanto mal hace a la Iglesia. Nos hace sentirnos una élite separada, con derecho a ejercer el poder sin ser controlados.

Somos agentes de comunión, sin embargo, cuando nos oponemos a la exclusión, cuando respetamos los derechos de todos, cuando protegemos activamente a los pequeños, cuando acogemos al extranjero y al diferente, cuando somos humildes.

Como indicaba certeramente el Papa Francisco en su diálogo con los religiosos durante su reciente visita a Chile (16/01/2018), el servicio al hambriento, al preso, al sediento, al desalojado, al desnudo, al enfermo... (cf. Mt 25,35) "no se identifica con el asistencialismo o paternalismo, sino con conversión de corazón. El problema no está en dar de comer al pobre, o vestir al desnudo, o acompañar al enfermo, sino en considerar que el pobre, el

desnudo, el enfermo, el preso, el desalojado, tienen la dignidad para sentarse en nuestras mesas". Es decir, no es que Isaac se apiade de Ismael y le dé una limosna, sino que lo reconozca como hermano suyo, hijo del mismo padre, y se siente con él en la misma mesa a comer. Y añade Francisco: "Ese es el signo de que el Reino de los Cielos está entre nosotros".

Los hermanos que exploráis los caminos del diálogo interreligioso, los que os habéis integrado en culturas diferentes de las vuestras, los estáis implicados en la acogida y el acompañamiento de desplazados, los que os esforzáis de maneras diversas por superar exclusiones y derribar muros entre personas, estáis participando en la misión del Padre, que intenta persuadir a sus hijos para que se junten, y en la misión del Corazón de Cristo, que se ha entregado para reunir a los hijos dispersos. Esa es la misión de la Congregación.

Ismael no murió de sed en el desierto. Dios se ocupó de él (Gn 21,19-29). La acción de Dios desborda los límites de nuestras fronteras, ya sean culturales, étnicas, religiosas o eclesiales. Allá donde vayamos, el Espíritu de Cristo ya está presente, actuando en el corazón de cada ser humano. Nadie tiene el monopolio de las cosas de Dios.

Ismael se reencontró con su hermano Isaac para el entierro de su padre Abrahán (Gn 25,7-10). Esaú abrazó de nuevo a su hermano Jacob muchos años después de que éste lo traicionara (Gn 33,4). Pero todavía no sabemos si el hermano mayor entró o no en el banquete preparado por su padre para que los dos hermanos comieran y se alegraran juntos (Lc 15,32). La respuesta a esa invitación depende también de nosotros.

**Todo puede ser mentira
menos la verdad de que Dios es amor
y de que toda la humanidad
es una sola familia.**

Pedro Casaldáliga
Obispo claretiano en Brasil
Navidad de 2010

